
Juan Rulfo, tantas historias...

Méjico tiene algo de entrañable, pero con jota, para evitar que los dulces mariachis maleducados en la gramática yanqui anden por ahí diciendo: «México, Mexjiii... benditas tus mujeres», o los antipáticos chistes del mejicano macho y las peleas de gallos. Méjico es toda una historia, todo un infinito universo repleto de maravillas y de penumbras, de bellezas y de miserias. Y los escritores han estado y están ahí para contarlo, para dar testimonio de una geografía intrincada y de unos protagonistas abocados a tanta soledad y tanto drama. Uno de esos escritores decía en «El País» el 9-I-85: «Somos voces en un coro que convierte la vida vivida en la vida narrada y la devuelve así a la vida, ya no para reflejarla, sino para darle algo más, no una copia, sino una nueva medida: para añadir, con cada novela, algo nuevo, algo más, a la vida. La vida propia y la vida de todos: no hay aventura narrativa que no sea una aventura personal y aventura colectiva: experiencia y destino de uno y de todos». Era Carlos Fuentes, otro escritor, testigo de la América Hispana (que algunos llaman Latina, porque también existen herencias francesas, italianas y portuguesas, aunque si vamos a eso debería llamarse América Europea, porque también existen reminiscencias y herederos de tradiciones yugoslavas, inglesas, irlandesas, suecas y griegas). Esa América Hispana, porque se habla y se escribe fundamentalmente español, es una sociedad trágica, una sociedad donde todo es posible, desde las grandes riquezas hasta las más anodinas pobreza, desde las grandes revoluciones hasta las más feroces dictaduras, desde las guerras locas hasta la inanición. Mientras tanto se gastan millones de todo (pesetas, marcos, dólares) en armas y en locomoción, por ejemplo, para arrasar islas (v. b. Granada) o para sepultar estados (Nicaragua). Poca América solidaria. A veces algún gigante bajito (Alfonsín) da una lección de democracia y de tenacidad, pero otras veces primos hermanos de Pinocho siguen ensangrentando tierras y ríos. Y esas cosas hay que contarlas.

Juan Rulfo las cuenta, aunque ciertamente, circunscribiéndose a su país, a Méjico. Historias pocas veces escuchadas, donde no aparecen héroes, sino ciudadanos trágicos de un entorno violento, mejicanos esquilmados por la ruina física y moral, labriegos abatidos por la sequía o ganaderos finiquitados por los odios. Conviene conocer, leer, admirar las historias que Rulfo nos ofrece, porque son ¡tantas historias...!

Rulfo y un hombre del pueblo

Desde siempre el pueblo mejicano ha sido objeto de permanente interés para los buenos amantes de la novela escrita en lengua castellana. No han sido pocos los autores que han sabido ofrecernos imágenes magníficas e inquietantes de ese gran país.

Y tal vez por ser Méjico un lugar del mapa de América del Norte tan ligado a la cultura hispánica en general y al pasado reciente de España en particular, es por lo que los españoles amen con tanta intensidad aquella geografía y aquellas inclemencias, ya que se trata de un país arropado por la realidad tremenda de revoluciones, ignominias y violencias de tal gravedad que habrían hecho posible la destrucción de un estado de no ser por el carácter sufridor y magnífico de los mejicanos, demostrado a través de siglos de turbulencias de la más variada índole.

La nómina de autores que se han ocupado de la sencilla historia de tan gran país y sus gentes sería demasiado amplia, pero aquí hemos de indicar que cada vez que un hombre de letras acomete la tarea de escribir sobre Méjico comienza a empeñarse en desvelar no sólo la personalidad de sus moradores, sino, también y sobre todo, la esperanza de todos aquellos que ven la vida a veces con resignada paciencia o albergan el deseo de permanecer atados a un entorno que, siendo mísero, les parece magnífica patria y destino de sus propias existencias.

En los libros *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* *, Juan Rulfo nos hablará de uno de esos hombres mejicanos en un cuento que lleva el nombre del protagonista: «Macario». Es tan inmensa la sinceridad que se desprende del relato y de tal intensidad la confesión de Macario que nos atrevemos a decir que estamos ante una vida desgarrada y ante una historia perfecta pocas veces igualadas en los escritores mejicanos. Bueno, Macario es un hombre sencillo, acreedor de los mejores afectos y, sin embargo, implicado en esas pequeñas violencias de las vidas humildes y de los entornos recatados, donde cualquier amanecer bello y cualquier habitación aseada se ofrece como un lujo desorbitado. Tanta humildad contrasta con un entorno bullicioso y decadente como es el de la vida rural al sur de Río Grande.

Macario es también una víctima de la soledad y de la ignorancia, a cuyas circunstancias ha de unir las incertidumbres de la existencia, el hambre y la siniestra miseria que se cierne sobre él cuando apaga su cuarto y las cucarachas comienzan a ascender por su cuello. Sin embargo, el calor humilde de su cuarto que le dará cobijo seguro cuando, como dice el propio Macario, «en la calle suceden cosas» y la protección de su madrina son, unidos a la familiaridad casi íntima y desorbitada de Felipa, los únicos pilares que mantienen la existencia de este hombre con inquietudes de muchacho o, tal vez, de este muchacho con amarguras de hombre. Felipa es una criada hacendosa («sólo se está en la cocina arreglando la comida de los tres»), ante quien ve Macario una posibilidad no sólo de realización personal, sino de salvación eterna. Es Felipa quien le demuestra una actitud tierna y benevolente y, además, le permite la satisfacción de comprobar que en el mundo hay alimentos mejores que las flores de obelisco. Así relata Macario su incursión en la carnalidad de la criada. «Felipa es muy buena conmigo. Por eso la quiero... La leche de Felipa es dulce como las flores del obelisco. Yo he bebido leche de chiva y también de puerca recién parida; pero no, no es igual de buena que la leche de Felipa... Ahora ya hace mucho tiempo que no me da a chupar los bultos ésos que ella tiene donde tenemos solamente las costillas, y de donde le sale, sabiendo sacarla, una leche mejor que la que nos da mi madrina

* JUAN RULFO: «*Pedro Páramo*» y «*El llano en llamas*». Editorial Planeta, 1983, 249 págs.

en el almuerzo de los domingos... Felipa iba antes todas las noches al cuarto donde yo duermo, y se arrimaba conmigo, acostándose encima de mí o echándose a un ladito. Luego se les ajuareaba para que yo pudiera chupar aquella leche dulce y caliente que se dejaba venir en chorros por la lengua...» Situado al otro lado de una intimidad onerosa, Macario sólo advierte el calor bienhechor de tan magnífico maná: su mundo queda aquí, tal vez libre de los pecados que él cree cometer y que la propia Felipa dice poder redimirle algún día. Frente a esta circunstancia la figura de la madrina se nos aparece con tonos de cierta violencia, ya que dice Macario: «Mi madrina no me deja salir solo a la calle. Cuando me saca a dar la vuelta es para llevarme a la iglesia a oír misa. Allí me acomoda cerquita de ella y me amarra las manos con las barbas de su rebozo. Yo no sé por qué me amarrará mis manos; pero dice que porque dizque luego hago locuras. Un día inventaron que yo andaba ahorcando a alguien; que le apreté el pescuezo a una señora nada más por no más. Yo no me acuerdo». Ante un entorno tan nefasto no son raros los temores de Macario cuando encerrado en su cuarto apaga la luz y se queda quieto reflexionando que es mejor este silencio al andar por la calle donde, dice «llueven piedras grandes y filosas por todas partes» o es preferible esta soledad a largos padecimientos a la luz del día. «En seguida que me dan de comer me encierro en mi cuarto y atranco bien la puerta para que no den conmigo los pecados mirando que aquello está a oscuras. Y ni siquiera prendo el ocote para ver dónde se me andan subiendo las cucarachas. Ahora me estoy quietecito. Me acuesto sobre mis costales, y en cuanto siento alguna cucaracha caminar con sus patas rasposas por mi pescuezo le doy un manotazo y la aplasto. Pero no prendo el ocote. No vaya a suceder que me encuentren desprevenido los pecados por andar con el ocote prendido buscando todas las cucarachas que se meten por debajo de mi cobija...» La infelicidad se amontona sobre la ignorancia, el universo se reduce a los escarceos con Felipa y al temor a todo lo demás. Aparece así Macario como un ser desvalido y ajeno a cualquier satisfacción personal, su vida es un reducido montón de quimeras, de frío, de inclemencias. Macario es un hombre del pueblo, de ese pueblo sufrido y arruinado por todos los males de la injusticia y la carencia de afectos y apoyos morales, perfecto retrato de tantos y tantos desheredados que ven su vida como una inmensa suerte al saberse protegidos por su propia calamidad.

Aquí la escenografía es una tierra desierta de litismos y de grandilocuencias, es el barro y la oscuridad. Surgen imágenes de otros mundos, también relatados por escritores hispanoamericanos; pero sobre todo surge un desgarró que ni siquiera conmueve porque es habitual e innumerable. Juan Rulfo nos hace un muestreo de la calamidad, y en ella sitúa a un personaje tan vital y abandonado como el resto de quienes sufren situaciones de hambre y de miseria, a veces desconocidas y absurdas, en este universo de grandes despilfarros y de violentas manifestaciones de lujo y poder.

El relato deja sensación de escalofrío, de impotencia, de crueldad irremediable, de angustia contenida. Nada tan real. Sin embargo, queda un regusto de esa poesía sangrante que surge del dolor y de la amargura, como si Rulfo nos quisiera decir que más allá de la existencia anodina de Macario, podría empezar a construir otro mundo menos ingrato en el cual este hombre del pueblo pudiera codearse con los demás hombres en una, hoy, difícil igualdad.